

buto de cariño; pero así como los hijos, á más del amor permanente á sus padres, tienen un día especial para celebrar el natalicio de sus progenitores, así también en el Colegio del Rosario existe el mes de Mayo, mes en que los corazones se dan cita para rendir culto á María. ¿Y qué mejor que Mayo? Vístese la naturaleza de multicolores ropajes, satúrase el ambiente con el perfume de las flores, vibran en las cosas los rayos quemadores del sol de nuestra zona, parece que el cielo está de gala con la ausencia de las nubes que torna azul la vasta extensión del firmamento.

¡Ya llega Mayo! Saludémoslo con cántico de gloria que llegue hasta el trono de la Madre de Dios; con esta súplica salida del corazón de uno de nuestros condiscípulos:

Sit pietas hominum semper Tibi, casta María,  
Flos sicut Maius quem speciosum aperit.

Acerquémonos al altar de María, y dejemos á sus plantas, á más del blanco ramillete de flores, símbolo de la pureza, uno más valioso: aquel que consigue el cristiano que se regenera en las fuentes de la penitencia y que es causa de indecible alegría y que produce el que se acumulen en el alma las flores de la gracia divina.

R. CORTAZAR

## RAZÓN Y FE

Señor don N. N.—Barranquilla

Mi querido amigo:

Ya me demoraba demasiado en contestar tu carta del 24 de Febrero; no lo había hecho antes por estar muy ocupado y porque quería disponer de algunas horas para escribirte despacio y con meditación. Hoy que me hallo felizmente en asuetos, lo hago con mucho gusto.

Cada vez que leo frases sinceras como las de tu carta á que me vengo refiriendo, me siento dichoso al comunicar mis impresiones al amigo, si no para fortalecer su espíritu, cosa más propia de un sacerdote que de un estudiante, sí á lo menos para discutir esas ideas con la sana razón y para despejar incógnitas.

Me permites que principie por hacer una rectificación á tu carta. Me dices: “Aquella lucha que adiviné en tu alma me tenía encantado. Te estudiaba: tu fe hermosa y fuerte se defiende noblemente de tu cerebro cultivado. Eres el hombre inteligente, estudioso, que sorprende verdades, que sigue fatalmente en busca de otras más, y que—para no perderse—lleva en la boca y en el corazón á su Dios. Le temes á tus ideas como teme á su amante la doncella locamente enamorada.”

En primer lugar me achacas, sin fundamento, una lucha en mi alma y un choque entre mi “fe hermosa y fuerte y mi cerebro cultivado.” Y además un temor á mis ideas y que por coraza llevo en la boca y en mi corazón á mi Dios... Me extenderé un poco, principiando por la lucha de mi alma.

Cuando llegué á esta capital, muy joven todavía, á ilustrarme en la ciencia de Galeno, ávido de saber, venía loco por investigar las ciencias positivas y con el propósito de sumergirme en las lucubraciones filosóficas, las que he amado con pasión desde muy niño. Le pedía á Dios una gracia: ciencia. Nunca me han halagado las riquezas y demás vanaglorias humanas. Por eso me encantan las postreras palabras del genio moribundo, “luz, más luz!” Pero al lado de esa luz le he pedido á Dios la razón equilibrada para poder pensar, porque de lo contrario esa luz vendría á descomponerse en fuegos fatuos y me deslumbraría. Lo mismo que les pasa de noche en el piélago á los navegantes; van impulsados por el vapor y el viento, pero también necesitan de una brújula para llegar al deseado puerto.

Di comienzos á los estudios médicos. Entré á los anfiteatros, y mi espíritu fue invadido de un materialismo y escepticismo atroces. Entonces, bien claro lo recuerdo, se estableció una lucha formidable en mi alma. Por un lado la fe de mis mayores, el soplo religioso que me infundió mi santa madre, y las ideas y principios inculcados por mi segundo padre: las tradiciones, el hogar, mi hermano Pedro, fortalecían mi alma turbulenta; el escepticismo del colegio, la atmósfera que respiraba, y la falta de solidez en mis estudios, debido en parte á mi corta edad; esas dos corrientes enemigas lucharon en mi adolescencia. Cayó en mis manos un libro de Darwin, *El origen de las especies*, y me sentía feliz. Leí después á Heckel y otros más materialistas. Había leído mucho heterodoxo, en religión profunda era un ignorante. La lucha vino; aguijoneado constantemente, me imponía un deber: pensar, razonar, discutir, buscar el pro y el contra, y como católico que era, leer lo nuestro y después lo contrario. No me dejé llevar nunca por la vana y sonora palabrería; probar lo que descubría era mi norma, y si tenía duda, dejarlo á un lado hasta que no se me probase. Andando el tiempo estudié fisiología, y me vino el desencanto. Investigué el origen de la vida, y todas aquellas teorías materialistas vinieron á rodar por el suelo cuando vi que era imposible descubrir el principio vital, y entonces se me vino una palabra: Dios!....

Corrieron los tiempos, y ya yoleía á de Maistre, Augusto Nicolás y Fenelón. Conocí algo de San Agustín, y qué transformación sentí en mi alma!; hasta que por último leí los Evangelios y se abroqueló mi fe.

Hoy sigo estudiando, buscando verdades, despejando incógnitas, pero ya con otro criterio, y con distinto método. En mi pobre cabeza hacen díscono consorcio, la Biblia y Renán, autor cuyo estilo me encantaba, pero que no pudo convencerme, Rousseau y Augusto Nicolás. Y Pascal, Kant, Spencer, Darwin, Prudhon, se enlazan con Bossuet, Balmes, Santo Tomás, Taine y el Padre Félix. Sigo nu-

triéndome de savia científica, pero ya mi creencia no flaquea, está firme y dispuesta á combatir. Ya terminó esa lucha entre mi cerebro y mi fe.

Es natural que lleve á Dios en la boca y en el corazón. Pero antes de llevarlo en los labios y en el afecto, lo llevo en mi entendimiento. Yo no creo sólo con el corazón; creo también con la razón y la lógica. Creer con el corazón nada más, es propio de los espíritus pusilánimes. Los hombres que tengan mediana inteligencia é ilustración están obligados á conocer á Dios por medio de ellas. El corazón es el complemento de la inteligencia, ésta engendra la fe, aquél el amor y la adoración. Porque has de saber que yo creo firmemente que es necesario dar á Dios un culto externo, y para mí es el católico el único digno del Sér Supremo. Recuerdo en estos momentos las frases de Napoleón - ese cerebro orgulloso y soberbio que dominó á la Europa - á Thibaudeau, que trataba de apartarle de firmar el Concordato: "Thibaudeau, levanta los ojos al cielo, ¿veis ese pabellón azul sobre nuestras cabezas? ¿Quién ha colocado esos cuerpos luminosos en los espacios? ¿Quién les ha dado ese movimiento tan ordenado? Solamente un Dios ha podido ser el autor de tan grande armonía. Si hay un Dios, preciso es darle culto, y á mi entender, el culto católico es el más racional."

¿Y cómo no llevar en el corazón á Dios, si ÉL es la causa primera, si es un espíritu puro, infinitamente perfecto, creador del cielo y de la tierra, y soberano Señor de todas las cosas; si ÉL es la Sabiduría, si el pensamiento humano se inclina ante ÉL cuando á descifrar no alcanza los misterios de la creación, si ÉL es la fuente de la fe que nos hace creer, amar y respetar?

En tu carta trasluzco al hombre escéptico, pero á medias; al flaco, al débil, mas no al rebelde ni al ateo. A ti te falta mucho de meditación y de estudio, sobre todo de estudio ortodoxo, que es el único que nos conduce al puer to salvador.

Para creer hay que arrojar á un lado los prejuicios, hay que razonar, reflexionar, meditar un poco con sinceridad. No se necesita suma erudición para creer, amigo mío, ni es éste privilegio de un corto número de hombres. San Pablo refuerza este argumento cuando dice en la Epístola de los Romanos: "En efecto, las perfecciones invisibles de Dios, con su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas; *y así tales hombres no tienen disculpa.*"

No se puede pedir á un joven ocupado en sus negocios diarios, vastos conocimientos. Y son muy pocos los profundos. Y los que nos asomamos con timidez á las profundidades de la ciencia, ó llegamos á la mitad del camino, sin aliento y desvanecidos, ó fenecemos en la carrera. Muy pocos coronan la cumbre del ideal, donde se reflejan la ciencia y la sabiduría infinitas.

Además, la verdad es patrimonio de la razón humana, y Dios hace ver la verdad cristiana á todos los espíritus. Dice un escritor moderno: "Para ver el sol, basta abrir los ojos; para alcanzar la fe, bastan á un espíritu sincero algunos momentos de seria reflexión."

Pero aquí se habla de una fe razonda y que sepa combatir sin miedo, que no tema los ataques, y que logre vencer; no una fe sentimental é irreflexiva, que no alcance á discutir, porque hay muchos que se detienen ante un obstáculo, se acobardan y no pueden seguir, porque les acontece que viven en la sombra, como decía un santo, teniendo tan cerca la luz.

Mas si se quiere profundizar en las verdades reveladas, si se quiere tener conocimiento íntimo de la naturaleza de las cosas y de las relaciones entre Dios y los hombres, entonces hay que leer los libros de los doctores, saborear los Padres de la Iglesia, para no aparecer como unos ignorantes sin fondo, ni conocimientos, y para no caer en herejías. El mismo Renán lo reconoce cuando dice: "Para repre-

sentarse los dogmas de la Iglesia es necesario estudiar las decisiones de las papas y de los concilios, y no atenerse á las cómodas interpretaciones de laicos que, no habiendo aprendido teología, son mil veces herejes sin saberlo y en ocasiones no ignorándolo. El Papa es buen juez en materia de fe católica." Hay, pues, que profundizar la ciencia y estudiarla con amor y método reflexivo. Si se quiere ver mejor en su conjunto una ciudad, apreciar sus divisiones y su armonía artística, basta subir uno á un alto mirador ó á una colina contigua y contemplar serenamente su panorama. Lo mismo pasa con la verdad divina, hay que subir las gradas de la sabiduría humana hasta la cima de la ciencia, y en ella, se desvanecen las tinieblas, entra la luz, resplandece al espíritu, y lo fortalece en la verdadera fe.

Pero no todos pueden hacer esto, sólo los privilegiados de la inteligencia, los otros, los que no le deben á Dios esa grande liberalidad, deben conformarse con lo que tienen, puesto que con poca ciencia humana pueden conocer la verdad divina, que es lo único necesario.

Así como la ociosidad es la madre de todos los vicios, yo creo que la ignorancia es la madre de todos los errores. En esta época de progreso y de ciencia, todo se investiga, principalmente las ciencias llamadas positivas, y de ahí el positivismo y racionalismo que dominan al mundo, porque todo se quiere adaptarlo á esas ciencias, confundirlo en un solo molde. Ahí está el grande error. Con razón ha dicho un célebre sacerdote español: "Hoy todo se estudia; el afán de saber constituye la preocupación constante de los hombres de nuestro siglo. Se invierten largas y penosas vigili-  
Rosario Histórico

desdeñado el estudio de ese pequeño libro que conocemos con el nombre de catecismo.”

Y todo ese tropel de incoherentes ideas, y toda esa rebelde pretensión sobre las cosas divinas, todo ese arrogante desdén por la ciencia de Dios, ¿de dónde viene, sino de profunda y triste ignorancia en materias religiosas ?

Jóvenes de no oscuros intelectos no se toman el trabajo de hojear siquiera un libro de religión. Y ¿cómo quieren discutir si no conocen á los doctores ; pero qué digo, ni á los laicos ortodoxos ? La Biblia, San Agustín, Fenelón, Bossuet, etc., jamás penetran en sus cerebros, y cuando se les ve discutir buscan defensa y no la encuentran, no tienen base, desbarran, y caen en el ridículo de la ignorancia.... ¿Cómo se discute de una cosa sin tener conocimiento de la materia ? ¡ Y cuán común es esto ! Preconizan con enfático garbo la independencia del pensamiento, y para ellos no hay mayor fuerza en una argumentación que la paternidad del filósofo que la sustenta. Viene de Renán ó de Spencer, y eso basta ; lo dijo el maestro : *Magister dixit, ergo ita est*. Y la muletilla contra nosotros los católicos “de dogmáticos” se vuelve contra ellos con mayor fuerza. Porque en fin, los católicos creemos en los Evangelios ciegamente, como que son la palabra de Dios ; ellos creen como nosotros, pero fanáticamente, en la palabra de un hombre, expuesto siempre á equivocarse. Pero nosotros seguimos siendo los retrógrados y fanáticos, encastillados en los dogmas y creencias, y ellos, los hijos de la libertad del pensamiento humano !....

Yo quisiera extenderme más sobre estos asuntos, pero me parece que ya te sentirás cansado con esta mi larga carta, y además no tengo nada concreto para poder con propiedad discutir. Esto lo he escrito para cumplir con tu recomendación y porque creo no te harán mal mis palabras amistosas.

Recibe un abrazo cordial de este tu amigo que te estima